

LOS JUICIOS
OPERAN COMO LAS
MATRIOSHKAS: A
MEDIDA QUE SE ABRE
EL ANÁLISIS MACRO
DE LA REPRESIÓN
DICTATORIAL SE
VAN ILUMINANDO
LAS DIMENSIONES
LOCALES Y LA
PENETRACIÓN CAPILAR
DEL GENOCIDIO

HUANGUELÉN

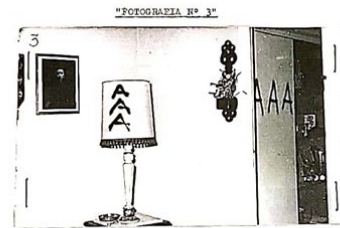
EL TERROR LLEGA AL ALBA



En lengua mapudungun Huanguelén significa “lucero del alba”. Es el nombre de una localidad del partido de Coronel Suárez, en el suroeste de la provincia de Buenos Aires, a 440 kilómetros de Buenos Aires y 230 km de Bahía Blanca. A comienzos de la década del 70 tenía unos 5.000 habitantes (casi la misma cantidad que hoy); la fábrica de aceite de girasol La Oleaginosa de Huanguelén –fundada en 1943– empleaba 200 trabajadores; tres acopiadoras de cereal y ferias ganaderas gestionadas por dos casas de remate que canalizaban la producción de la zona; varias escuelas primarias y un Colegio Nacional; dos cines, y comercios que atendían las necesidades de la población.

El profesor perseguido

En la madrugada del 2 de diciembre de 1974 el conserje del bar del Club Atlético Huanguelén vio pasar un Peugeot blanco y otro negro con cuatro hombres. No eran del pueblo sino de la patota de la Triple A que minutos después irrumpió en la casa de la calle 10 n° 590, donde vivían Rodolfo



Pintadas en la casa de Rodolfo Gini, 1974.

Gini, su esposa Marta Favini y sus cuatro hijos. Encerraron a Marta en el baño, dejaron la firma “AAA” en las paredes de la vivienda, y secuestraron a Rodolfo. Poco después lo encontraron acribillado a balazos, al costado de la ruta que comunica el pueblo con Coronel Suárez. Julio Lede, que había sido alumno de Gini en el Cole-

(Entre octubre y diciembre de 1976 fuerzas del V° Cuerpo de Ejército con asiento en Bahía Blanca y Pigüé ocuparon militarmente Huanguelén alegando que allí existían células del Ejército Revolucionario del Pueblo.

gio Nacional, escuchó las ráfagas de ametralladora y el sonido de los autos que se alejaban. “En el silencio de la noche, ese sonido fue estremecedor”, dijo.

Bahía Blanca fue un núcleo central del accionar de la Triple A en la región. El rector interventor de la Universidad Nacional del Sur, Remus Tetu, brindó cobertura legal y salarios a numerosos integrantes de las patotas a quienes contrató como “personal de seguridad y vigilancia” de la UNS. De este modo, con el apoyo de dirigentes de la CGT local como el diputado y dirigente sindical Rodolfo Ponce –considerado el jefe de esa organización– contó con vehículos, recursos e información.

El asesinato de Gini formó parte de una secuencia iniciada en Bahía Blanca a mediados de 1974, con la detención de numerosos militantes políticos y el ase-

sinato de Luis Jesús García el 22 de septiembre. Hombres de civil fotografiaron a quienes asistieron a su entierro. Poco después varios fueron secuestrados. Uno de ellos, Carlos Corbellini, oriundo de Huanguelén y militante del PRT, fue circulado por distintos lugares; en las sesiones de tortura le advertían: “Te conviene hablar, si no vamos a utilizar el mismo tratamiento que utilizamos con el Negrito, ‘Agua, Agua, Agua, o sea AAA’”. Cuando lo “legalizaron”, la primera estación de su largo encarcelamiento fue el penal de Villa Floresta. Allí se encontró con Gerardo Saad, irreconocible por las torturas a que lo había sometido la Policía Federal, y con otros compañeros. Le contaron que los habían interrogado en forma insistente sobre el profesor Rodolfo Gini.

Gini nació en La Plata, donde se graduó en Farmacia y Bioquímica. A la militancia universitaria y en grupos católicos posconciliares sumó ser uno de los fundadores de la Democracia Cristiana en esa ciudad. En 1967 se radicó con su esposa en Huanguelén; durante un tiempo tuvo

(El general Adel Vilas aplicó sobre los pobladores del sur bonaerense una metodología emparentada con la que tantos resultados le había reportado en 1975 en Tucumán durante el Operativo Independencia.

una farmacia; trabajaba en la Unidad Sanitaria del pueblo; era profesor de Física y Química en el Colegio Nacional y participaba del Rotary Club local. En 1973 fue candidato a concejal por la Alianza Popular Revolucionaria.

Rodolfo Gini dejó una profunda huella en sus alumnos. “Te estimulaba y al mismo tiempo te dejaba un gran espacio para que estudiaras, pensaras y llegaras a tus propias conclusiones”, recordó uno de ellos. Abandonó el Rotary cuando se produjo el golpe militar que derrocó a Salvador Allende. Ese club estaba subordinado a la línea marcada desde Estados Unidos, involucrado en el golpe en Chile, expresó en su carta de renuncia.

La Dirección de Inteligencia de la Policía de la Provincia de Buenos Aires (DIPPBA) registraba sus pasos desde 1959 y poco

antes del 2 de diciembre del 74 engrosó sus “antecedentes” con lo aportado por el director del Nacional y la policía del pueblo. Lo señalaban como “ideólogo que reclutaba jóvenes en Huanguelén para enviarlos a las organizaciones subversivas a Bahía Blanca o a La Plata”.

Al velorio de Gini fueron pocos, “porque desde el mismo momento en que lo asesinaron en Huanguelén cundió el terror”, testimonió Julio Lede. Pese a ello, sus exalumnos de 5º año, con los guardapolvos puestos, llegaron a despedir a su profesor. En el primer aniversario del asesinato Julio, José Gon, Griselda Menchi y Eduardo Maradona, entre otros, firmaron la solicitada que se publicó –sorteando numerosas trabas– en el diario *El Imparcial* de Coronel Suárez para recordar el crimen. Un año más tarde llegó la hora del castigo para quienes se atrevieron.

Asedio al sur

Entre octubre y diciembre de 1976 fuerzas del Vº Cuerpo de Ejército con asiento en Bahía Blanca y Pigüé ocuparon mili-



tarmente Huanguelén alegando que allí existían células del Ejército Revolucionario del Pueblo. Cercaron el perímetro del pueblo y en forma minuciosa y sistemática concretaron allanamientos, rastrillos, interrogatorios, ocupación de viviendas, secuestros, torturas, traslados a otras localidades y a centros clandestinos. “Cada tanto llegaba el ejército de Bahía Blanca, y armaban sus tiendas de campaña en el

Prado Español; ahí montaban sus cocinas y todo lo que precisaban para estar algunos días, luego empezaba a desfilar gente a la comisaría”, recordó una vecina.

Griselda Menchi, 20 años. Estudiaba en La Plata. A fin de octubre viajó a Huanguelén a visitar a su familia. En agosto de este año testimonió en la Megacausa: “Hacía bastantes días que el pueblo estaba tomado por el Ejército. Podías entrar pero no salir. A la madrugada mi hermano llama a la ventana de mi pieza. Yo no quería abrir, ante su insistencia, lo veo desnudo y vendado. Entraron dos personas armadas por la ventana ... Me vendaron, me sacaron por la ventana y me subieron a un auto custodiada con armas. A mis padres les dijeron que me llevaban por averiguación de antecedentes”. La bajaron en un descampado donde sintió el viento. “Entramos a un lugar con piso de madera ... me pasaron una cadena por el cuello y las muñecas... me preguntaban por gente que ya estaba presa, compañeros de la secundaria. Siempre insistían que dijera la verdad porque me conocían. Me



decían que pertenecía al ERP, yo no sabía lo que era”. Escuchó los gritos de Mario Corbellini cuando lo torturaban; “los puteaba mucho”, recordó Menchi. Corbellini fue trasladado al centro clandestino “La Escuelita” de Bahía Blanca y tiempo después liberado. A ella la llevaron a la comisaría del pueblo: “Era de día. Cuando me

bajaron, un señor me dijo que me iba a cuidar. Me bajó la venda, ... luego vi que era el comisario del pueblo, un tal Ulloa. Me ingresó en su despacho personal. (...) A cada rato entraba, me decía que si yo ‘me dejaba’, me concedía la libertad. Me lo sacaba de encima, trataba de esquivarlo. Hasta que al cuarto día a la mañana, me agarró media dormida: no puedo olvidar-me de la camisa roja de seda, pantalones negros, perfume espantosamente fuerte. Me violó, me desmayé ... A la tardecita me largaron y Ulloa volvió como si nada”. Cuando llegó a su casa había mucha gente: “Parecía que llegaba de la guerra porque me tocaban, me querían besar (...) No pude dormir esa noche, siempre me despertaba y veía a ese señor morocho en la ventana y gritaba. Mi padre era el que estaba siempre conmigo. (...) Empecé una nueva vida en La Plata. Nadie que me rodeaba supo lo que a mí me había pasado, no sé si era vergüenza. No se hablaba, no se decía, tenía miedo, mucho miedo (...). Cuando regreso, recuerdo todo. Si fuera por mí, no volvería más a Huanguelén”.

(Durante muchos años creí que el silencio tenía que ver con mi historia: militante del peronismo revolucionario, cautiverio en la ESMA, exilio. Una historia problemática para un pueblo ordenado y tranquilo que decidía no preguntar. Desde ese presupuesto-prejuicio, tampoco yo pregunté.

A María Andrea y Juan Gini, hijos de Rodolfo, los fue a buscar a la escuela un soldado armado con un FAL, los llevó a despedirse de su mamá, Marta, porque tal vez no volverían a verla. Marta y su cuñado Jorge Gini fueron secuestrados y recluidos en el Batallón de Pigüé, posteriormente los trasladaron al Batallón de Comunicaciones Comando 181 de Bahía Blanca. Una vez liberada, Marta debió abandonar el pueblo con sus cuatro hijos. Durante años le prohibieron enseñar en escuelas públicas.

Julio Lede estudiaba en Buenos Aires. Cuando llegó a Huanguelén el 28 de octubre a visitar a su familia se enteró de que habían allanado la casa de su madre. Al día siguiente se presentó en la comisaría; de allí personal de Ejército lo llevó a la de

Pigüé. La escala siguiente fue el Batallón de Arsenales 181 de esa localidad, hasta que junto a Marta Mabel Bravo lo llevaron a Bahía Blanca. Del Batallón de Comunicaciones de Bahía Blanca lo trasladaron a "La Escuelita". En todas las escalas lo torturaron. Ya puesto a disposición del Poder Ejecutivo –o sea "legalizado" el secuestro–, permaneció en la cárcel de Villa Floresta hasta el 22 de agosto de 1977. Su nuevo destino fue el penal de Rawson. Recuperó la libertad el 23 de diciembre de 1978.

Después del interrogatorio en la comisaría del pueblo Marta Bravo volvió a su casa. Pocas horas más tarde, en la ma-
drugada del 29 de octubre, fue secuestrada por el Ejército. Primera estación: Batallón de Arsenales 181 de Pigüé; más tarde el Batallón de Comunicaciones 181 de Bahía Blanca. Sometida a torturas la interrogaron sobre sus actividades, las de sus hermanos y otros habitantes del pueblo. Permaneció en cautiverio más de tres meses, bajo el cargo de "averiguación de antecedentes". El jefe del Batallón, el coronel Argentino Tauber –murió impu-



ne- quería concientizarla “acerca de la existencia de un plan del judaísmo muy peligroso”, testimonió.

A César Horacio González lo fue a buscar su padre a La Plata para que se presentara ante las fuerzas de ocupación del pueblo. Lo detuvieron. De la comisaría de Pigüé lo llevaron al Batallón de Arsenales 602; posteriormente al Batallón de Comunicaciones 181, en Bahía Blanca. Con una pistola en la nuca y los ojos vendados lo interrogaron acerca de Rodolfo Gini y otros conocidos de Huanquelen. De Julio Ledesma le dijeron: “A este

muchacho le fue re mal, lo mandaron a la escuelita a aprender”, aludiendo a ese centro clandestino de Bahía Blanca. En sus testimonios, González recordó a compañeros y amigos de esa comunidad victimizados por el Estado terrorista: Carlos de la Fuente, Lili Fernández, Raúl Ferreri, Raúl El Tero Guido; Silvia Giménez, esposa de Guido, también desaparecida.

Otra víctima del terror que vivió el pueblo fue Mario Bravo. “Habían pintado paredes y muebles con las sigla AAA, la sigla terrorista de esa época”, testimonió este exalumno de Gini, quien tuvo a su cargo cubrir las inscripciones que los asesinos habían dejado en la vivienda del profesor. Como su hermana y su cuñado, Bravo fue secuestrado, recluido en “La Escuelita”, y finalmente liberado

Después de apresar lo Eduardo Ferreri fue trasladado a Pigüé, donde lo interrogaron sistemáticamente sobre su hermano Raúl. Raúl, militante de izquierda, había dejado Bahía Blanca para eludir la persecución: lo secuestraron en Neuquén; permanece desaparecido.

José Luis Gon, también oriundo de Huanguelén, se había radicado en Posadas, Misiones. En noviembre de 1976 lo secuestraron junto con su esposa. Los llevaron a Bahía Blanca. José fue recluido en “La Escuelita” y luego en la cárcel de Villa Floresta. En el centro clandestino vio por última vez a Raúl Ferreri. “Tu hermano estuvo ahí conmigo muchos días boca abajo con los ojos tapados, martirizados con la picana eléctrica...”, le contó a Eduardo.

Doctrina Vilas

Huanguelén no fue una excepción, sino parte de la ola represiva que asoló localidades del sur de la provincia de Buenos Aires desde septiembre del 76. En Tres Arroyos, Médanos, Coronel Dorrego, Villarino, Pedro Luro, Algarrobo, Mayor Buratovich, Huanguelén, las fuerzas del Vº Cuerpo de Ejército comandado por el general Adel Vilas repitieron la misma estrategia: con la información y la logística proporcionadas por las fuerzas de seguridad locales y algunas “fuerzas vivas”, los militares cercaban y ocupaban los

pueblos, detenían, interrogaban y secuestraban a vecinos y vecinas previamente “marcados” como militantes, activistas, sospechosos de “andar en algo”... Después de circularlos y torturarlos en instalaciones policiales o militares cercanas, eran llevados a Bahía Blanca donde se decidía su destino: el centro clandestino “La Escuelita”, comisarías, cárceles. La desaparición. El asesinato. La “legalización” y traslado a algún penal. O la libertad.

Con una escala temporal más breve, el general Adel Vilas aplicó sobre los pobladores del sur bonaerense una metodología emparentada con la que tantos resultados le había reportado en 1975 en Tucumán durante el Operativo Independencia. Ocupación militar de ciudades y localidades pequeñas, siembra del terror en los pobladores abonado con secuestros y detenciones, traslados a lugares desconocidos, desaparición definitiva, liberaciones selectivas. Todo combinado con el accionar represivo abierto y clandestino sostenido en Bahía Blanca, cuyos “éxitos” eran profusamente difundidos y

tergiversados por el diario *La Nueva Provincia* y otros medios afines. Vilas pasó a retiro en diciembre de 1976. Declarado incapaz, murió impune en 2010.

Tiempos de silencios

Al año de mi nacimiento en Huanguelén nos vinimos a vivir a Buenos Aires. Como los Reyes Magos dejaban los regalos en la casa de Floresta, recién el 7 de enero mi hermano y yo subíamos al tren Roca a las 6 de la mañana. Doce horas más tarde bajábamos en la estación que era nuestra entrada al paraíso: tierra de vacaciones, con tías y tíos, primas, amigas y amigos, calles de tierra, el tanque australiano en alguna chacra. Algunos horarios eran inamovibles: la hora de levantarse, la del almuerzo y la ducha a las 6 de la tarde. El resto: libertad para jugar, andar por la calle, ir al cine o a ver el básquet en el club; los bailes en El Prado y “la vuelta del perro” en la adolescencia. Terminé el colegio, comencé la facultad, empecé a trabajar, abracé la militancia política, casi todo al mismo tiempo. Los viajes al pueblo se espaciaron.

“En las comunidades chicas, como las nuestras, parece muchas veces que las cosas que han pasado en el país a nosotros no nos han tocado”, reflexionó un estudiante, tras oír a Julio Lede testimoniar sobre lo vivido en el pueblo durante la dictadura.

Volví en diciembre de 1984. Era tiempo de silencios. Silencio sobre esa década en la que estuve ausente. Silencio sobre el terror vivido en Huanguelén. El único dato sobre “ese tiempo”, el asesinato de Rodolfo Gini, lo conocí por el libro de Eduardo Galeano, *Días y noches de amor y de guerra*: en una de sus páginas recordó al profesor asesinado, cuyo poema, “Queriendo vivir”, había publicado en la revista *Crisis*.

Durante muchos años creí que el silencio tenía que ver con mi historia: militante del peronismo revolucionario, cautiverio en la ESMA, exilio. Una historia problemática para un pueblo ordenado y tranquilo que decidía no preguntar. Desde ese presupuesto-prejuicio, tampoco yo pregunté. En septiembre de 2012 el pueblo cumplió cien años. Vi entonces lo que no había



sabido mirar en viajes anteriores. Aun con silencios, Huanguelén fue haciendo memoria: desde 2001, frente al Colegio Nacional una placa nombra a los desaparecidos del pueblo, que fueron recordados en los actos del centenario. El centro cultural donde Cristina Bustamante presentó su libro *Lilí, relato de un secuestro* estaba lleno. Lilí es Lilí Fernández Plaul, desaparecida en La Plata en junio de 1977. Desde hace varios años el acto oficial del 24 de marzo del partido de Coronel Suárez se hace en Huanguelén.

El pueblo llegaba al siglo, y el 12 de septiembre de 2012 en Bahía Blanca se dic-

taba la primera condena a genocidas por crímenes perpetrados en la Zona V°. Uno de los hechos considerados en este juicio fue lo sufrido por un Juan Carlos Castillo, nacido en Huanguelén; fue secuestrado el 25 de junio de 1976 en el trayecto entre Médanos y Bahía Blanca. El 4 de septiembre “apareció” muerto junto a tres compañeros en la llamada “masacre de Catriel”.

“En las comunidades chicas, como las nuestras, parece muchas veces que las cosas que han pasado en el país a nosotros no nos han tocado”, reflexionó un estudiante, tras oír a Julio Ledesma testimo-

niar sobre lo vivido en el pueblo durante la dictadura. Los procesos a los genocidas –el octavo en desarrollo en Bahía Blanca– siguen operando como aldabones que abren puertas a más justicia y liberan memorias de quienes durante décadas callaron por temor. Temor por lo vivido. Pero más aun: temor a no ser escuchados.

Graciela Daleo